

## LA CRISIS MUNDIAL DE LOS ALIMENTOS Y LA DOMINACION ECONOMICA\*

Para el mundo occidental, la crisis es esencialmente la del petróleo. Se trata, ciertamente, de un problema importante, que obliga a las economías de los países industrializados a adaptarse a una nueva situación; pero no es el problema esencial para la mayoría de los países subdesarrollados del mundo.

El problema esencial es el de la alimentación. No es un problema nuevo, sino un problema que siempre ha existido en el mundo subdesarrollado, pero que se ha agravado de una manera visible desde 1972.

¿Qué ha pasado en 1972? De 1945 a 1972, el desarrollo de la agricultura en todos los países, tanto desarrollados como subdesarrollados, había bastado por lo general para responder al crecimiento de las necesidades, derivadas, por un lado, del crecimiento de la población y, por otro, del crecimiento del consumo por habitante, consecuencia del desarrollo económico. Pero, en 1972, las cosechas mundiales fueron muy malas un poco en todas partes, aunque por diversas razones: en la Unión Soviética un invierno muy duro liquidó una parte importante de las cosechas invernales más importantes, las de cereales; en China, se produjo una gran sequía; en la India, Pakistán y Bangla-Desh, los vendavales destruyeron una gran parte de las cosechas; en Africa, en Sahel y en otras partes, se produjo la gran sequía. Ese año, la producción mundial de cereales, que es del orden de 1.200 millones de toneladas anuales, no sólo no aumentó, sino que disminuyó en 33 millones de toneladas respecto a los años anteriores.

Ciertamente, el problema alimenticio es mucho más fundamental y no depende únicamente de una buena o mala cosecha, sino de una estructura económica y social muy desigual en el mundo. El hambre o la infra-alimentación siempre ha existido, y han sido necesarias las circunstancias extraordinarias de las que acabamos de hablar para que comencemos a conmovernos.

¿Cuáles han sido las consecuencias de esta mala cosecha?

Ante todo, algunos países productores y consumidores de cereales, que disponen de recursos suficientes, han compensado este déficit comprando gran cantidad de cereales en los mercados exteriores. Es el caso

---

\* Ponencia tenida en un seminario sobre "Las explotaciones económicas internacionales", celebrado en París, del 3 al 7 de febrero del presente año, organizado por el Instituto Ecuménico para el Desarrollo de los Pueblos (INODEP). La presente versión ha sido traducido del francés por Ignacio Martín-Baró, y se publica con permiso especial del equipo INODEP.

de la Unión Soviética, que ha comprado 30 millones de toneladas de cereales a los Estados Unidos y al Canadá durante 1972-1973. Esta compra provoca una disminución de las reservas en los mayores exportadores (Estados Unidos, Canadá, Australia) y un aumento del precio del trigo, y de otros cereales como el maíz, el arroz, etc... A esto hay que añadir el hecho de que los países del Tercer Mundo, a pesar de y quizás a causa de sus esfuerzos por industrializarse, no logran aumentar su producción agrícola y se ven forzados a importar cada vez más productos alimenticios. Así, cada vez se vuelven más dependientes de los países industrializados, no sólo para los bienes de equipo o la tecnología, sino también, y cada día más, para su alimentación. Es decir que, sin tener en cuenta el problema permanente de la infra-alimentación, que en África afecta al 25% de la población, en el Extremo Oriente al 30%, en el Medio Oriente al 18% y en América Latina al 13%, se ha calculado que, en 1973, como consecuencia del alza de los precios alimenticios, los países subdesarrollados han tenido que triplicar o más sus gastos para comprar los productos tradicionales, sobre todo cereales. Dicho de otra manera, han pagado cerca de 10 millones de dólares, en lugar de 3 millones de dólares, para obtener la misma cantidad de producto.

En fin, fácilmente se comprende que las implicaciones financieras son mucho más graves para los países subdesarrollados, que disponen de un presupuesto muy inferior al de las naciones ricas, y que, proporcionalmente, 10 millones de dólares pesan mucho más en su balanza de pagos que 30 ó 40 millones de dólares en la balanza de los países industrializados.

Pero, hay algo todavía peor: la agricultura cerealera, que es la base de la alimentación de la humanidad, se apoya en gran parte en la utilización de abonos químicos.

¿Cuál es la situación actualmente en el mundo?

Los países subdesarrollados, incluidos los países socialistas de Asia, producen el 12% de la producción mundial de abonos químicos, pero consumen el 22%, es decir, que deben importar la diferencia, o sea unos 7 millones de toneladas. Los países desarrollados producen el 92% de la producción mundial de abonos químicos y consumen el 78%. Por consiguiente los países pobres deben comprar a los países industrializados. Como consecuencia de una crisis en el sistema de producción de abonos en el mundo capitalista, y del aumento del precio del petróleo, importante para la producción de algunos fertilizantes químicos, el costo de los abonos químicos ha aumentado bruscamente. Así, al aumento del precio de los productos alimenticios importados, debe añadirse el aumento del precio de los abonos necesarios para el cultivo de los cereales (de 500 millones de dólares a 2.500 millones de dólares). Teniendo en cuenta, en fin, el aumento en los costos del transporte, casi exclusivamente en manos de los países ricos, se comprende la catástrofe financiera que sufren muchos países del Tercer Mundo.

Todavía hay que añadir otro fenómeno que depende, no de las necesidades de los países subdesarrollados, sino de los hábitos de consumo de los países ricos: a medida que los países industriales se hacen más ricos, modifican sus tradiciones alimenticias y aumentan el consumo de ciertos productos, económicamente muy caros de producir. El caso más típico es el de la carne. Ahora bien, los animales de cría comen exac-

tamente los mismos cereales que los hombres, y se llega así a la siguiente situación paradójica; el mundo desarrollado (30% de la población) consume el 51% de los cereales y el mundo subdesarrollado (70% de la población) el 30%. Pero lo más grave es que en el mundo industrializado, una parte cada vez más grande de cereales no se come directamente, sino que se transforma en carne. Lo que quiere decir que, para una tonelada de carne, hay que producir muchas más toneladas de cereales, porque el animal transforma muy ineficazmente en alimentos los elementos energéticos y caloríficos producidos por los cereales. Precisemos con un ejemplo numérico: en el promedio de los países subdesarrollados, el consumo de cereales (trigo, arroz, maíz y otros cereales secundarios) es actualmente del orden de 230 kg. por persona y por año, y la mayoría son comidos directamente por las personas. En cambio, en los países muy industrializados como Canadá o Estados Unidos, el consumo de cereales por habitante es de 800 kg. por año. Pero de estos 800 kg., las personas sólo se comen directamente 90 y los otros 710 se transforman en carne, es decir, se los comen los animales para transformarlos en carne. Lo que quiere decir que, hoy, los animales de los países ricos (ganado vacuno, ovino, porcino...) consumen más toneladas de cereales por año que todo lo que consume la población de la China y la India juntas, es decir, el 40% de la población mundial.

De los 600 millones de toneladas de cereales consumidos por los países industrializados, los animales consumen 372 millones, los hombres el resto y, a medida que despunta el desarrollo, sobre todo en los estratos favorecidos de los países subdesarrollados (que, poco a poco, adoptan los mismos hábitos de consumo que los países industrializados), el fenómeno crece más y más, agravado por el desequilibrio del poder de compra entre países ricos y pobres. El precio de un kilo de carne representa menos para un habitante de los países favorecidos que el precio de un kilo de cereales en un país pobre. Así, pues, en el mercado de la competencia internacional, la balanza se inclina a favor del consumidor rico.

¿Cómo enfrentar este problema en el futuro? Es particularmente importante para los países subdesarrollados, tanto en el plano económico, como en el político y en el de la "supervivencia humana".

En el plano económico: a pesar de las fluctuaciones, las previsiones muestran que los precios van a mantenerse a un nivel bastante elevado con relación a los precios de la década del 60. Supuesto el crecimiento de la población, el mejoramiento tradicional del nivel de vida, y suponiendo también que el ritmo de desarrollo actual de la agricultura en los países subdesarrollados se mantenga a nivel de lo que ha sido históricamente en los últimos años, de aquí a diez años (en 1985), para poder comer, incluso manteniendo a una parte de la población en una situación de infra-alimentación bastante considerable, los países subdesarrollados ya no deberán importar 16 millones de toneladas de cereales, sino de 85 a 100 millones de toneladas, es decir, alrededor de cinco a seis veces más.

Se puede calcular lo que eso representa para la balanza de pagos de los países pobres, que tienen dificultades con las divisas exteriores, así como una deuda exterior enorme. Semejante suma constituye no sólo un problema financiero, insoluble para la mayoría de ellos (quizá con la excepción de los países petroleros), sino que subtiende el desarrollo

de las infraestructuras (flota, puertos, vías de comunicación...), inexistentes en la mayoría de esos países.

Es decir que, si el problema de la agricultura no se enfrenta de una manera radical, en unos cuantos años los países pobres ya no podrán pagar las importaciones necesarias para mantener su nivel actual de consumo.

Entonces, ¿quién va a pagar? Se habla mucho de la ayuda alimenticia. De hecho, representa una proporción mínima de las ventas comerciales y, aunque se diera por casualidad un milagro de benevolencia entre los países ricos para aumentar esta ayuda alimenticia, la experiencia muestra que esa ayuda es determinada siempre por razones políticas: se presta en función de intereses políticos y no en función de las necesidades de los países pobres.

Por ejemplo, el informe de la Comisión McGovern del Senado norteamericano establece claramente que esta ayuda alimenticia se basa, principalmente, en los intereses de la política internacional de los Estados Unidos. Así, en "Le Monde" del 5 de febrero se puede encontrar un artículo muy interesante: "Los productos alimenticios se han convertido en un instrumento oficioso de la política americana, ha afirmado el Sr. Earl Butz, ministro americano de agricultura. El ministro ha recordado que, en 1975, los Estados Unidos suministrarían mil cuatrocientos millones de dólares en ayuda alimenticia a los países del Tercer Mundo, entre los cuales, precisó, se encuentran algunos países del Próximo Oriente como Siria y Egipto. El empleo de los productos americanos para introducir a estos pueblos en nuestra esfera de influencia, a medida que nos convirtamos en los proveedores del mundo en este dominio, sería una inversión muy segura", ha añadido textualmente el señor Butz.

Se imagina el grave dilema para los países subdesarrollados, amenazados por el hambre: a dónde dirigirse, si se condiciona la venta o la ayuda alimenticia a opciones políticas que quizás van en contra de los intereses del país. Dicho de otra manera, mientras no se resuelva el problema alimenticio, no sólo el problema financiero, económico se va a volver mucho más grande, sino también el problema de la dependencia política con relación a los grandes países del mundo industrializado.

Estos elementos son suficientes para darse cuenta de la gravedad del problema. Entonces, ¿cuál es la solución? Sólo hay una y es difícil: intensificar los esfuerzos para que, en los años venideros, la producción agrícola en la mayoría de los países subdesarrollados se desarrolle a un ritmo mucho más rápido que en el pasado.

En la Conferencia de la FAO, en Roma (noviembre de 1974) se discutió mucho sobre los medios para salir de esta situación. Una de las soluciones puestas en primer plano es la de que hay que aumentar la producción; sin embargo, los países que de hecho pueden aumentar rápidamente su producción agrícola son los países industrializados, aquellos que no tienen gran necesidad de hacerlo, ya que han alcanzado un nivel de alimentación satisfactoria para su población. En cambio, los países que tienen gran necesidad de aumentar rápidamente su producción, tienen muchas dificultades para ello. De ahí, la solución fácil: aumentar la producción en los Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa Occidental. Eso quiere decir, o bien aumentar la deuda pública, o bien, suponiendo que se donen los productos alimenticios, aumentar la dependencia políti-

ca con respecto a los países ricos, sin hablar del problema de los transportes y de los circuitos de distribución.

El aumento de la producción alimenticia en los países industrializados no es, por tanto, ni una solución económica, ni una solución política. Otra de las soluciones propuestas: disminuir el crecimiento demográfico. Esta solución presenta, en mi opinión, varios defectos:

1) No es fácil de aplicar. Imaginemos un campesino que vive en la miseria, con sus cinco o seis niños, de los cuales mueren dos o tres antes de cumplir un año, y dos o tres llegan a la edad adulta y se convierten en un capital de trabajo para él. ¿Cómo un analfabeto, sin ninguna cultura, que más que vivir subsiste, puede comprender la necesidad del control de la natalidad?

2) Aunque se llegase hoy día a controlar de un modo considerable la población en los países subdesarrollados, los efectos no se harían sentir hasta dentro de quince, veinte o treinta años y, entre tanto, habría que resolver por lo menos el problema de la alimentación, el vestido y el trabajo.

3) Muchos países subdesarrollados tienen una gran desconfianza hacia esta política de control de la natalidad, ya que ven en ella un instrumento inventado por los países ricos para continuar dominándolos. Verdaderamente, y teniendo en cuenta la cantidad de tierras y de recursos disponibles en los países del Tercer Mundo, no hay un problema demográfico. No se trata de un problema de población, sino de un problema de desarrollo.

En estas condiciones, sólo queda una solución: organizar los países para que el crecimiento de su producción agrícola sea mucho más rápido. Esto es muy fácil de decir, pero muy difícil de realizar, ya que no sólo implica cambios técnicos, sino más inversiones, más modernización, más revolución verde. Todo eso requiere cambios de estructuras muy profundos, que van a afectar también mucho a las clases privilegiadas y éstas, con bastante frecuencia, controlan los gobiernos y realizan un desarrollo en función de sus intereses, de su situación de dominación, y no en función de los intereses de las masas, lo que plantea para muchos de estos países un problema político muy serio.

Personalmente yo veo el problema para el futuro de la siguiente manera.

La mayor parte de los países subdesarrollados, en los que ni existe una conciencia de estos problemas ni una voluntad política para abordarlos, va a ser cada vez más dominada, así como más inestable política y económicamente, debido a la situación de profundo desequilibrio entre sus recursos y sus necesidades.

En la actualidad me parece necesario volver a definir el papel de la agricultura en el plan de desarrollo de muchos países subdesarrollados. Como la mayoría de los economistas se han formado en el mundo industrializado, se ha tenido la tendencia a copiar los modelos de desarrollo del mundo industrializado, y se ha considerado la industrialización como lo único importante, dejando la agricultura a aquellos que no eran capaces de penetrar en el sector industrial. Además, en muchos de estos casos, la industrialización se hacía sobre bienes de consumo necesarios a las capas medias y ricas, y no sobre bienes de equipo o favorables al desarrollo interior, particularmente de la agricultura.

Ante todo, es preciso volver a definir el papel de la agricultura y de la industria. Si los países desarrollados, industrializados, son capaces hoy día de aumentar muy rápidamente su producción agrícola, eso no es debido a que tengan más tierra, sino a que, en su sistema económico, disponen de un apoyo industrial, capaz de producir fertilizantes químicos, insecticidas, semillas de calidad, máquinas e instrumentos agrícolas. Por consiguiente, conviene reorganizar la industrialización de los países del Tercer Mundo alrededor del desarrollo de la agricultura. No se puede dejar este desarrollo a las leyes del mercado, porque las leyes del mercado ya han mostrado lo que dan de sí: se produce para el que puede pagar, y no se produce para el que no puede pagar. En muchos países subdesarrollados, bajo la férula del colonialismo y del neocolonialismo, se han instalado y desarrollado producciones agrícolas muy modernas, muy potentes, destinadas a la exportación hacia los países industrializados. Pero nadie se ha ocupado de producir para el mercado interior, es decir, para las masas incapaces de pagar. Entonces se produce una desarticulación, como consecuencia de la dominación del mundo industrial sobre el mercado internacional. Por lo general, se observa una agricultura de exportación moderna, que aprovecha directamente a pocas personas, destinada principalmente al exterior, y una agricultura de subsistencia para el mercado interior, muy retrasada, incapaz de satisfacer las necesidades esenciales de las poblaciones, a causa de su miseria, de su bajo ingreso.

Si se quiere resolver el problema dentro del sistema de mercado internacional o nacional, en la óptica de una economía de lucro, no hay solución posible. Las diferencias entre las formas de producción y la realidad de las necesidades no podrán superarse, sino que se irán acentuando. Hace falta, pues, un desarrollo planificado, que puede adoptar diversas formas según los países, pero que, en mi opinión, es un principio esencial. Además, en un gran número de países subdesarrollados es absolutamente necesario hacer profundas reformas agrarias para poder realizar este desarrollo. No se puede desarrollar una agricultura, cuando las principales tierras se encuentran concentradas en las manos de unos pocos, que obtienen más ventajas produciendo de una manera tradicional, y que se enriquecen muy fácilmente explotando, no la tierra, sino los hombres, condenado así a la miseria a la mayor parte del mundo campesino, que no tiene tierra o apenas dispone de porciones de tierra insignificantes.

Así, pues, para muchos países subdesarrollados es un problema esencial el realizar profundas reformas de las estructuras agrarias y territoriales, sin las cuales es casi imposible superar su situación, pero que no son nada fáciles de realizar, ya que afectan muchos intereses, tanto de las oligarquías interiores como de las oligarquías internacionales.

Otro elemento esencial lo constituye el aumento de ingreso de los pobres, a fin de que puedan comprar más para alimentarse. No es posible resolver el problema alimenticio sobre la base de la caridad, pública o no. En muchos países, los gobiernos han realizado programas de distribución gratuita o semigratuita de productos alimenticios. Es un paliativo, pero no la verdadera solución del problema, porque, por razones burocráticas y financieras a nivel de los gobiernos, o por dificultades de cualquier otro tipo, no llega a alcanzar más que a pequeños grupos de la población. Por consiguiente, la única solución al problema alimenticio consiste en garantizar a la mayoría de la población campesina o urbana un nivel de ingresos suficiente como para permitirle gastar lo suficiente para alimentarse. Esta es también la única manera de po-

der realizar una agricultura que sea rentable para los productores, ya que debe pagárseles por lo que producen, puesto que, si no hay un proceso de redistribución de los ingresos, no habrá tampoco la posibilidad de asegurar un desarrollo de la agricultura interior capaz de resolver los problemas.

Otro problema importante es el de las tecnologías. Por influjo de los países industrializados, se tiene tendencia a desarrollar un tipo de agricultura absolutamente anormal respecto a la situación de estos países: cada país subdesarrollado debe tener los tractores más modernos con las piezas de recambio más completas, que, por otra parte, ellos no producen y, por consiguiente, deben importar a precios muy caros. Aunque estos medios técnicos aumentan el rendimiento, pocos campesinos pueden utilizarlos, ya que no hay capitales suficientes para importar tractores para todos y, además, estas divisas dejan de ser utilizadas en otros desarrollos más provechosos al conjunto. Al copiar los modelos industrializados, se tiene tendencia a decir que hay que aumentar la producción por cabeza; pero eso no es lo esencial para los países subdesarrollados. Lo más importante es aumentar la productividad por hectárea, lo que va a implicar también un cierto crecimiento de la productividad por cabeza con técnicas baratas, la creación de trabajo, y una mejor participación en la distribución de los ingresos. En cambio, las técnicas muy adelantadas van a aprovechar a algunos agricultores muy ricos y poderosos, mientras que la gran masa campesina quedará condenada a la miseria e impotente para librarse de ella.

Hay que pensar todo un programa de selección y de adaptación de las tecnologías a la realidad social y económica del país, en lugar de seguir copiando las tecnologías de mundo desarrollado que se nos quieren imponer, tecnologías normales en los países donde la mano de obra es cara, pero que no son nada normales en el mundo subdesarrollado, donde muy a menudo no se sabe qué hacer con una mano de obra, incapaz de ser utilizada en los diferentes sectores de la economía.

Esto exige experiencias pioneras en la aplicación de nuevas tecnologías, que deben conducir a modelos diferentes de los que se han aplicado hasta ahora.

Además, hay que revisar el modelo de consumo. Si los cuatro mil millones de habitantes del mundo o los seis u ocho mil millones, supuesto que tuvieran el dinero suficiente, quisieran comer como lo hacen actualmente los europeos o los norteamericanos, es decir, tanta carne y productos caros, no habría modo de lograrlo. Es decir, habría que multiplicar por diez o por veinte la producción de cereales para dársela a los animales, a fin de que ellos la transformen de una manera muy poco eficaz, lo que es totalmente imposible.

Asimismo, y éste es un problema cultural nada fácil, hay que revisar los modos de consumo y ciertas modas copiadas del extranjero, muy a menudo ineficaces con respecto a los recursos disponibles, pero que condicionan en gran manera la investigación y la propaganda en el desarrollo de las industrias alimenticias, convirtiéndose en un peso cada vez más agobiador y cada vez más grave para muchos países subdesarrollados.

Esto exige, también, un equilibrio entre la agricultura de exportación y la agricultura del mercado interior. Sin duda, algunos países

necesitan seguir produciendo para la exportación, ya que es la única manera de obtener una cierta cantidad de divisas para importar otras mercaderías que necesitan. Pero el equilibrio del país exige revisar la importancia del desarrollo agrícola interior, que debe ser mucho más considerable que el de la agricultura de exportación.

Finalmente, me parece necesario cambiar el sistema de comercialización existente en muchos de estos países y en el sistema internacional, en el cual un cierto grupo de intermediarios absorbe una enorme proporción de los excedentes, que no benefician ni a los productores agrícolas ni a los consumidores urbanos.

Los países subdesarrollados se encuentran frente a una crisis alimenticia que no es nueva, que ha existido siempre, pero que cada día se hace más grave, y algunos comienzan a tomar conciencia del papel que juega en el fenómeno de la dominación y de la dependencia con respecto a los países ricos.

Esta toma de conciencia implica una reorganización, una revisión de todos sus modelos actuales de desarrollo, que afectan tanto a los problemas económicos como a los problemas sociológicos, culturales y políticos. Es un camino difícil, pero necesario si no se quiere perpetuar la dependencia económica, financiera y política de unos países, que aunque se llamen independientes y estén muy orgullosos porque tienen una bandera, un ejército y algunos signos de soberanía nacional, de hecho no tienen ninguna soberanía, ya que los grandes países industrializados se sirven de ellos en uno u otro sentido, de acuerdo con sus intereses.

Por eso, la reorganización y el desarrollo de la agricultura alimenticia me parecen esenciales, como elementos básicos para la alimentación moderna.